

William Navarrete es escritor y crítico de arte cubano. Ha publicado los libros de ensayo *La chanson cubaine* (París, 2000), *Centenario de la República Cubana* (Miami, 2002), *Cuba : la musique en exil* (París, 2004) y *Catalejo en lontananza* (Valencia, 2006), así como la antología de poesía cubana contemporánea en París *Ínsulas al paio* (Cádiz, 2004) y su poemario *Edad de miedo al frío* (Cádiz, 2005/Toscana 2006, Primer Premio de Poesía Eugenio Florit del Centro de Cultura Panamericana de Nueva York), y la antología de poetas cubanos prisioneros políticos *Versi tra le sbarre* (Toscana, 2006, edición bilingüe italiano-español).

La pandilla de Banes: notas a una entrevista capital

WILLIAM NAVARRETE

M

i familia paterna es de Banes. Yo mismo, aunque crecí y me eduqué en La Habana, nací en este pueblo de la costa nororiental de Cuba. Un pueblo joven si se considera que habiendo

sido el asentamiento aborígen precolombino más importante de la isla (cacicazgo Bani), la primera hacienda que se fundó en lo que luego sería la ciudad, data tan sólo de 1881. Dicha hacienda había sido desde 1758 un realengo que hasta la segunda fecha mencionada cambió de propietario unas ocho veces.

En 1887 la hacienda, después de haber pertenecido a Domingo Marange, pasó a manos de los hermanos Dumois Gesse, Juan Cárdenas Alberthy y Delfín Pupo de la Cruz, más conocido como *El patriarca de Potrerillo*. Fueron ellos los fundadores de la empresa que permitiría el fomento del pueblo: la Frutera Dumois y Cia, especializada en los cultivos de bananas, naranjas, limones y piñas. La segunda guerra de independencia cubana (1895-1898) primero, y la implantación de grandes extensiones de caña de azúcar, así como la construcción, en 1899, del Central Boston por la United Fruit Company (UFC) en el llamado Cayo Macabí, después, terminaron absorbiendo la empresa de los Dumois, que no tardó en vender las tierras de sus latifundios a la gran compañía norteamericana en plena expansión.

En ese contexto, pocos años después (1901) nace en Veguitas, una barriada periférica de Banes, Fulgencio Batista Zaldívar, figura política y militar de Cuba que sería, antes de Fidel Castro, el personaje que mayor poder real acumulara en la isla y de seguras, por ello también y al igual que éste, el personaje más polémico de la historia del país.

Probablemente la parte más oscura de la historia de Cuba sea la década que antecede al triunfo de la revolución de 1959. Lo es porque el historiador cubano que ha ahondado en el período se ha visto o se ha creído en la obligación de situarse en un terreno casi baldío que le ofrece sólo disyuntivas: o Fulgencio Batista fue la causa de la instauración de la mucho más larga y traumática dictadura castrista actual o, simplemente, el golpe de Estado de 1952 que lo llevara por segunda vez al poder había sido la consecuencia de un malestar y apatía políticas inherentes a la joven vida republicana cubana. Evidentemente ambas disyuntivas, aunque parcializadas, ofrecen perspectivas de mayor peso que la historiografía inverosímil y simplona engendrada por la propaganda feroz del castrismo contra el período que se anuncia.

Siendo a mi juicio la década de 1950 capital para el entendimiento del siglo XX cubano en su totalidad, me entusiasmó la idea que anima al filósofo cubano Emilio Ichikawa a desentrañar, ofreciendo tribuna a los acto-

res directos del momento —y en el caso de esta entrevista, a Rubén Batista Godínez, primogénito de Fulgencio Batista— para que los cubanos y quienes se interesen en los Estudios Culturales referentes a Cuba comiencen, sin prejuicios, a establecer pautas para una mejor comprensión de nuestra atormentada historia.

Desde hace algún tiempo, Emilio Ichikawa intenta explorar la geografía sociopolítica de Cuba despejando áreas hasta ahora desconocidas. Es el caso —lo hemos evocado durante algunos encuentros— de los nexos regionales y genético-patriarcales entendidos como fundamento de alianzas de tipo clánicas que han incidido, poco importa si favorablemente o no, en el decurso de la historia cubana. A la familia santiaguera de los generales de las guerras de independencias y a la camagüeyana de patriotas de rancio abolengo de finales del siglo XIX, corresponden en el siglo XX el clan villaclareño de Machado y sus seguidores, así como el clan holguinero que desde el fin del machadato (1933) hasta nuestros días ha definido realmente la vida política de la isla, e incluso, en cierta medida, la del exilio.

Ignoro en qué medida el accidente económico de la implantación al oeste de Holguín de la UFC influyó en perfilar rasgos psicológicos comunes en individuos que, perteneciendo a la “pandilla” holguinera, lograron, en ocasiones aliándose, en otras repeliéndose, decidir el destino contemporáneo de la nación. Tal suposición obligaría a un estudio pormenorizado de indicadores que la estrechez de esta nota preliminar excluye. En todo caso no cabe dudas que la “Yunai”, como suele evocarla la fonética hispanofónica del Caribe, mereció por su fundamento operacional la apelación socarrona, de parte de cierta crítica occidental, de “República bananera” para aquellas áreas geográficas de América Latina marcadas por su influencia. En importancia, a las inversiones de la UFC en Cuba seguían, en el orden siguiente, los enclaves de la compañía en Honduras, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Panamá y Jamaica.

Decir “Yunai” equivalía a evocar tensiones sociales que no ignoran hoy los estudios económicos que conciernen a la región. La compañía, que era fuente de trabajo y riqueza, había crecido, en ocasiones, sobre un polvorín de extorsiones que provocaron el resentimiento de no pocos propietarios de tierras. Para que se tenga una idea deseo evocar el litigio al que conllevó la instalación del Central Boston en las tierras banenses del Cayo Macabí. Dicho “cayo” —que no era tal, sino un islote en la bahía de Banes unido a la tierra firme por un terraplén que se construyó para estos fines— pertenecía al alicantino Bartolomé López Sastre, cuya concesión obtuvo del gobierno español en 1890 siendo vecino del pueblo de Gibara. Bartolomé, que trabajaba como práctico en el puerto de Vita, se había casado con Cecilia González Zaldívar. Tres hermanas de esta última se habían casado con tres hermanos Pupo de la

Cruz, uno de ellos el ya mencionado *Patriarca de Potrerillo*, fundador de Banes, de profundo arraigo en la historia del poblamiento colonial de Holguín. Uno de los hijos de Bartolomé, el gibareño Matías López González, emprendió las reclamaciones legales en 1925 para recibir las indemnizaciones necesarias por el expolio de aquella tierra. El mencionado Matías era tío por línea paterna de Guillermo Cabrera López, el padre del célebre escritor cubano Guillermo Cabrera Infante.

Tal vez resulte de interés que evoque mi profundo desconcierto cuando en 1988, en pos de unas pesquisas genealógicas sobre la región, visité al padre del escritor en su pequeño apartamento sito a proximidad de la funeraria Rivero, en El Vedado. En aquella ocasión, a sabiendas de que sus dos hijos (el mencionado Guillermo y el cineasta Sabá) eran por así decirlo enemigos acérrimos del régimen castrista, el viejo Guillermo, que había obtenido autorización para visitar al primero en Londres, me habló con tanta rabia de los norteamericanos que por momentos creí que estaba cubriéndose en caso de que creyera que, con mis escasos veinte años, podría ser algún informante al servicio del gobierno. Sólo con el tiempo y luego de haber entendido las relaciones contrastantes de odio y afecto que inspiraba la UFC y el capital norteamericano en la isla, comprendí que el nacionalismo cubano tenía bases más profundas en la economía de tipo patriarcal que había afectado que en el plano cultural propiamente dicho. El tema merecería una exploración concienzuda.

Y es que decir UFC significaba también connotar una infraestructura propia al consorcio norteamericano: hospitales, colegios, sociedades de recreo, deportes, urbanismo y templos religiosos que marcaron profundamente las poblaciones caribeñas en que se establecía y que resultaban de aceptación y beneficio para la ciudadanía cubana. En el caso específico de la región holguinera donde creció Fulgencio Batista, los protestantes reformados comúnmente llamados “cuáqueros” (o “amigos”) predicaban la doctrina del esfuerzo, del trabajo honesto, de la búsqueda interior y personal de la verdad. Y para ello ponían a disposición de los hijos de sus asalariados braceros instituciones de enseñanza como el caso de la banense llamada Los Amigos, colegio donde Batista recibió los rudimentos de la instrucción como becado del plan nocturno y al que siendo ya presidente de Cuba estimuló con subvenciones para la culminación de su construcción y la realización de un auténtico complejo consagrado a la educación. Curiosamente, unos de los rasgos distintivos de la prédica cuáquera era (y es) justamente el pacifismo a ultranza y la negativa absoluta de empuñar armas. De ello se sobrentiende que la impronta cultural de la UFC se asimilaba de forma elástica por la población, como suele suceder en una cultura de múltiples sedimentos y adecuaciones como la cubana.

Lo cierto es —y hacia ese punto se dirigen la prospección de Ichikawa— que desde Mayarí hasta el puerto de Gibara, pasando por Nicaro, Antilla, Banes, Cueto y otras localidades de esta región del Oriente cubano, la UFC permitió, en una sociedad como la holguinera, en que prevalecía el rezago colonial de pertenencia a las familias fundadoras de los diferentes hatos y comarcas, que los menos afortunados superaran, según sus capacidades, las limitaciones impuestas por la herencia cultural. Pudo haber sido éste el caso de Batista, no así el ejemplo citado de los Cabrera López ni el de los Castro en Birán.

Si se observa, por otra parte, el número de banenses que ocuparon cargos de relevancia política durante el primer o segundo mandato de Fulgencio Batista se entenderá que ello no podría emanar de un favoritismo hacia los coterráneos, por relaciones de simple vecinería, sino por razones más profundas y de necesario estudio. Banenses eran Rafael J. Díaz-Balart —quien fuera asesor jurídico de la división Banes de la UFC y luego ministro de Transporte (1952), representante a la Cámara (1954) y senador (1958)—, así como sus hijos Rafael Díaz-Balart Gutiérrez, subsecretario de Gobernación, y Frank Díaz-Balart Gutiérrez, director de Rentas e Impuestos en el Ministerio de Hacienda. Banense también era Gastón Baquero, poeta de renombre, jefe de redacción en el *Diario de la Marina* (el más prestigioso de Cuba) y miembro del Consejo Consultativo creado por Batista tras el golpe del 10 de marzo de 1952. De Banes venían igualmente Eduardo Dumois Cárdenas (consejero consultativo en 1952, después de haber sido alcalde de San José de las Lajas a partir de 1952); Pedro Díaz Carballosa (alto ejecutivo del Ministerio de Hacienda); Concha Guzmán (con importante cargo directivo en el Ministerio de Educación); Zoila Mulet Proenza (ministra de Instrucción Pública a partir de 1954) y su esposo Aurelio Fernández Concheso, quien, aunque no era banense, sí ocupó los cargos de secretario de la Presidencia durante parte del primer gobierno de Batista (1940-1944), embajador en Washington en 1941 y primer ministro cubano en Moscú para las recién estrenadas relaciones diplomáticas entre Cuba y la URSS, que estableciera Batista el 17 de octubre de 1942. A la familia banense cabe añadir los nombres de Hermelindo y Francisco Rubén Batista y Zaldívar, hermanos de Fulgencio, el primero representante en la Cámara por la provincia de Pinar del Río y el segundo alcalde de Marianao y luego gobernador de La Habana en 1954 y 1958.

Sin ánimo de establecer paralelos cabría apuntar que la estructura de poder de Fidel Castro mantiene también a un hermano en la alta cúpula de la gobernación (Raúl) y a otro consagrado a planes de genética vacuna en la llanura habanera (Ramón). El ministro de la Educación Superior del gobierno castrista y general de brigada, Fernando Vecino Alegret, nació en Banes y estudió también en el colegio cuáquero de Los Amigos, al igual que otro de los militares de alta jerarquía del gobierno cubano actual, el general de división Ramón Pardo Guerra. Al padre del primero, Fernando Vecino Pérez, presidente del Club Banes (sociedad recreativa de la burguesía local), Fulgencio Batista ofreció el subsidio necesario para la terminación de las obras de la institución que presidía.

De modo que leer esta entrevista a Rubén Batista Godínez, a casi medio siglo de la sulfurosa década de los cincuenta en Cuba, puede significar un acercamiento a una parte de la historia que necesita ser abordada desde el ángulo esclarecedor de los Estudios Culturales. De ello se trata y a ello se encamina la labor de Emilio Ichikawa que sospecha, sabiamente, que las bases del descalabro cubano en materia de política se encuentran con más facilidad en el salón de casa, en el huerto o en la cocina que en la palestra pública a la que siempre los cubanos han deseado aspirar.